

Al margen de una Biografía

Sé sobradamente, por íntima autocrítica, que carezco de las mínimas condiciones exigibles para trazar una biografía y por ello, nunca llegará a tanto mi osadía y menos a imponer a la bondad de los señores Académicos la dura prueba de escucharla.

Pobre voz la mía para levantarse ante este dilectísimo auditorio, aunque no tenga otra pretensión que la de dar a conocer, al margen de una biografía ya magistralmente bosquejada por Don José María Rey, algunas noticias íntimas e inéditas recogidas por la gratitud del alumno al maestro querido a quien todo se lo debe. Estrechísimas relaciones familiares me hicieron depositario de datos y rasgos interesantes de la vida de aquel Médico, arquetipo de cordobesismo, que oponía siempre a la realidad su semblante sereno, como un cristal limpio que refleja lo que se asoma a su superficie.

Gratitud y cariño aunados en el mismo anhelo me ayudan a vencer la desproporción entre la grandeza del objeto y la escasez de mis fuerzas, dejando franco el camino a plumas más doctas y autorizadas.

En Don Emilio Luque sobresalían una firme vocación a la práctica de su carrera, un gran amor al pobre enfermo, un fino enjuiciamiento de los hechos de la vida diaria que resolvía con una clarividencia poco común y, por último, una dulzura de carácter que, quizá, haya sido considerado por algunos como la más negativa entre sus facetas espirituales.

Conversador ameno, captaba la atención de sus oyentes con una sencillez inigualable y con suma habilidad trazaba un psicograma perfecto de la personalidad con quien departía, inspirando tal confianza que pronto le hacía confidente de sus más íntimas preocupaciones.

Es cierto que para llegar a este resultado se extrovertía con gran facilidad, permitiéndole un intercambio espiritual esta generosa e innata espontaneidad.

Refería con mucha gracia que la única persona que le había desairado en principio fué Don Miguel de Unamuno. Tranvía de

la Penilla en Santander y, frente a frente, el insigne pensador y literato y Don Emilio, que, al reconocer al primero, puso en juego toda su habilidad para instigarle a hablar. Don Miguel al sentirse descubierto, exclamó, dándose palmadas en los muslos, algo por este orden: «¡Es gracioso! Debo parecerle mucho a ese señor porque todos me dicen lo mismo». Después, en el hotel donde ambos vivían, trabaron buena amistad y se reían al recordar la genialidad unamunesca.

Decíamos que, entre sus cualidades psíquicas, se ha considerado como la más negativa la elasticidad de su carácter. Era así verdaderamente, y se explica considerándolo como resultante del intenso y abrumador trabajo de sus primeros años de ejercicio profesional. Visitando día y noche, ininterrumpidamente, enfermos, y esparciendo afectos y consuelos, superando casi siempre los que lógica y humanamente debemos prodigar al que sufre, llegó a culminar un momento, a partir del cual, la esencia de la caridad fué consustancial con él.

Si se admite que mandar en alta voz engendra el hábito de hacerlo todo imperativamente y que el que dá consejos por razón de su ministerio llega a expresarse usualmente en tono admonitivo, nada tiene de extraño que sea dulce y comprensivo el que a diario vá sembrando ilusiones y esperanzas en los pobres enfermos.

Así hemos podido deducirlo de las expresiones que hemos recogido de labios de sus antiguos pacientes, de la más variada significación. Veamos algunas de ellas. En todas se acusa familiaridad, dulzura de carácter, compenetración con sus enfermos, amparándolos en su lucha por la vida.

Unos decían: «Nos trataba como de su familia. ¡Que modos más bonitos tenía!»—«Se hacía cargo de mi enfermedad y me aguantaba con mucha paciencia.»—«Era el mío; no conocimos otro Médico.»

Otros revelan afecto: «Cuando vivía no había penas en mi casa.»—«De todo nos salvó. ¡Que lástima de hombre! ¡Lo que hemos perdido!»

Y éste expresa en frase gráfica su personal sentimiento: «Por mi fe, no se hubiera muerto nunca. Mi mujer siempre estaba en sus manos hasta que un día me dijo: «no la traigas más» y ¡ahí está! «añadiendo casi con pena: «Vá a vivir más que nosotros».

Magníficos pensamientos escogidos entre los muchos que tene-

mos anotados, como justa correspondencia de amor de los humildes por los que sentía profunda devoción.

Es curioso que uno de sus maestros, Don Benito Hernando y Espinosa, profesase este mismo amor al enfermo pobre, al que solo y exclusivamente visitaba. Amor que irradia con perdurables resplandores en aquel «Padrenuestro» que juntos rezaron muchos años, en el día de los difuntos, ante la fosa común de los cementerios madrileños.

A fines del Siglo pasado, en un Madrid turbulento y conspirador, cuando España caminaba de espaldas a su destino, vivían en el setenta y seis de la calle de Atocha, propiedad del General Ríos, los estudiantes cordobeses, Emilio Luque y Manuel Villegas, en una modesta casa de huéspedes de tres pesetas, incluido quinqué y ropa limpia. Ocupaban el piso bajo cuyas ventanas tantas veces había de golpear con su bastón, Don Benito Hernando, en señal de aviso interesante, y era su patrona *Doña Romana*, como familiarmente le llamaban. Una antigua y fiel servidora de la casa de Don Segismundo Moret. Por ella conocían la vida íntima de este ilustre político, al que prestaba calor en las veladas invernales un hermoso perro, conocido por *el felpudo de Moret*.

Yo quisiera hacer un canto a estas pobres mujeres que con admirable espíritu de sacrificio han contribuido en gran parte, dentro de su modestia, a hacer agradable la vida del estudiante, procurando, en medio de su estrechez, compensar la ausencia del hogar y prodigando todo género de consuelos cuando alguno de sus «niños» enfermaba o entristecía, cosas tan corrientes en los años juveniles.

Por mí sé decir que nunca podré alabar bastante a una pobre patrona en cuya casa hice la carrera: Sofía. Mujer aragonesa de sesenta y cinco años, infatigable y cariñosa como una segunda madre. Se desvivía en atenciones y consejos y, cuando dos años después de terminados mis estudios, hice intención de visitarla para ofrecerle una ayuda desinteresada y cariñosa, me enteré de que aquella mujer había amanecido muerta sobre una pobre estera en la habitación más pequeña y humilde de la casa. Algunos de los que me oyen la conocieron y podrán testimoniar cuanto digo. Y por ello, en contra de lo poco favorable que ha sido la crítica para ellas, yo me permito entonar una alabanza a estas vidas hu-

mildes y ascéticas que tan unidas han estado a los estudiantes en el siglo pasado y primer cuarto del presente.

Esto no era obstáculo para que algún día, al final de la sopa, apareciera el pabito de una vela que se había derretido en el humeante condumio, con lo cual quedaba justificado su sabor a sebo; que otro se descubriera un zapatito de niño con el que había ido a dar vueltas al cocido, o que los más se leyese la gacetilla de algún periódico en el anverso o reverso de aquellos magníficos filetes madrileños. Pero, a buen hambre no hay pan duro, y a pesar de todo ello, nuestros estudiantes prorrumpían en el irónico y consuetudinario «viva la casa de las *estáutas*» como grito de alegría salido de sus pobres estómagos desfallecidos por la larga jornada matinal.

No faltaba el buen ánimo en aquella colmena infantil. El servicio de repostería estaba perfectamente organizado y atendido y Emilio Luque les ofrecía aromático café, moka o caracolillo, con abundante azúcar, por el módico estipendio de diez céntimos la taza.

La escuálida soldada mensual solía cobrarla en unos almacenes de joyería de la calle de Carretas en la célebre Lonja del Almidón.

Recuerdo con cuanta emoción relataba sus éxtasis ante aquellas ordenadas cajas que, aunque de apariencia almidonada, estaban repletas de onzas. La Lonja del Almidón era, en esencia, una poderosa Casa de Banca de las más acreditadas de Madrid, y sus familiares, andando el tiempo, habían de entroncar con nobiliarios títulos de la aristocracia española.

Varios hechos sobresalientes llamaron la atención de nuestros estudiantes.

Uno de ellos, el asesinato por un panadero del Catedrático de Operaciones Don Adolfo Moreno Pozo, en uno de los solares que hoy ocupa el Hotel Palace, en cuyo entierro llevó una cinta del féretro, Don Manuel Villegas, en representación de los estudiantes de la Facultad de Medicina.

Otro de los acontecimientos que solía referir fué el siguiente: A las nueve y media de la mañana del día 10 de Febrero de 1896, un sonido aterrador, de algo parecido a acabamiento del mundo sembró el pánico entre el vecindario de Madrid. El General Ríos con sus hijas y todos los vecinos de la casa se encontraron, sin saber cómo, muy ligeros de ropa, en la escalera. Los más pinto-

rescos y diversos comentarios se entablaron acerca de aquél suceso que, horas más tarde, se explicó perfectamente. Se trataba de la caída del célebre bólido del Retiro que estalló a más de treinta kilómetros de altura.

Otra sorpresa extraordinaria había de depararles la naturaleza. Terminados los exámenes en la tarde del 13 de Julio del mismo año 1896, los dos cordobeses se dirigieron hacia la Puerta del Sol para tomar café en un bar que había esquina de la calle de la Montera. La hora no era del todo desapacible y nada hacía suponer que con una rapidez fulminante empezaran a caer granizos como puños, y algunos de mayor volumen, en abundante cantidad. El estruendo de cristales rotos era ensordecedor. Esperaron sorprendidos a que acabase aquella pedrea celestial para darse cuenta de la magnitud del fenómeno. Además de la destrucción casi total de las vidrieras de Madrid, realizada en pocos minutos, muchas personas resultaron contusionadas; uno de los granizos mató a un caballo; varios perforaron las capotas de los coches y, hecho curioso: los granizos que tumultuosamente, apiñados en grandes masas, bajaban por la calle de Alcalá, se habían ido remasando ante el Ministerio de la Guerra, alcanzando la altura de las lanzas de su verja.

Y una anécdota final de su vida estudiantil. La muerte de su padre reclamó urgentemente su presencia en Córdoba. Para que le fuese anticipado el examen, visitó, acompañado de su inseparable Villegas, al Marqués del Busto, a la sazón Catedrático de Obstetricia. En la mansión elegante y señorial, cual correspondía a la elevada alcurnia de tan ilustre personaje, fueron recibidos en una sala ricamente amueblada, con tan mala fortuna que, quizá anonadados por tanta riqueza, derribaron, al tropezar con él, un fatídico quinqué, puesto sobre un veladorcito, cuyo petróleo se esparció en la lujosa alfombra. Difícil situación que afortunadamente resolvió el caballeroso Marqués con marcada delicadeza, al darse cuenta de la doble tribulación de sus visitantes.

Dediquemos un breve recuerdo biográfico a los dos ilustres y queridos maestros que tanto habían de influir en las líneas directrices de su vida.

Don José Ribera y Sanz (1852-1912), compañero de cátedra y leal émulo de San Martín, asombró por la admirable fecundidad de publicaciones que contrasta con la corriente apatía española.

«Creemos, dice con sobrada razón Don Víctor Escribano, que

ningún cirujano español ha producido obra tan extensa y varia como la de Ribera», compuesta de libros de texto, estudios monográficos de muchos, si nó de todos los capítulos de patología quirúrgica, trabajos experimentales de anfiteatro y de laboratorio, investigaciones históricas sobre la cirugía española, traducciones, prólogos y extensas anotaciones, cuya enumeración, detallada y



Don José Ribera Sanz

crítica, ha sido hecha por el Doctor Escribano en el prólogo de la obra póstuma de Ribera «Ensayo monográfico de Cirugía española» (1916).

Toda la labor de Ribera es interesante y digna de estudio. Escribano comienza por ocuparse de algunos trabajos generales y, en primer término, de su procedimiento de hemostasia mediante ligadura elástica del abdomen, llamada en el extranjero de Memburg, y cuya invención debemos reivindicar para Ribera, quien no solo resolvió con tal recurso, mucho antes que el cirujano alemán, el grave peligro de la hemorragia en la desarticulación coxo-

femoral, practicando esta operación en blanco gran número de veces, sino que extendió el uso de este poderoso medio isquémico a todas las grandes operaciones que se practican en la raíz del muslo y algunas de la pelvis, ampliando sus beneficios hasta límites que parecían inaccesibles a la hemostasia preventiva y ofreciendo a los tocólogos un auxilio rápido y decisivo en casos extremadamente apurados.

Otro estudio muy notable es su monografía acerca de la tuberculosis articular en el trabajo enciclopédico de Pediatría de Pfaumder y Schlosman, en la edición española dirigida por Martínez Vargas y publicada en Barcelona en 1910. Los primeros trabajos de Ribera fueron las Memorias premiadas por la Academia Médico-Quirúrgica en 1881 y 1882 sobre «Génesis, complicaciones y terapéutica de los hidroceles» y «Diagnóstico diferencial de los

tumores del abdomen» y la premiada por la Real Academia de Medicina de Madrid en 1888 sobre «Tratamiento de los aztrocaces».

Posteriores son las notas al tratado de Erichsen «La Ciencia o Arte de la Cirugía» traducida por Avelino Benavente (1883), entre las que hay muchas, como las consagradas a la inflamación, a los cuerpos extraños, a la conmoción, contusión y compresión cerebral, a la escrófula y tubérculos, a los neoplasmas, al tétanos, a los aneurismas, que son todavía hoy dignos de estudio y de meditación y reveladoras de la laboriosidad y del talento pasmosos de Ribera.

Merece especialísima mención el hecho de que, al exponer y discutir las definiciones y las hipótesis de la inflamación, analiza y elogia las investigaciones experimentales sobre la inflamación del mesenterio, la córnea y el cartílago de Don Santiago Ramón y Cajal, concediendo a su autor, entonces (1884) desconocido en el mundo científico, el gran mérito que muchos años después le ha publicado la fama.

Ribera fué, además, un investigador de la Historia de la Cirugía en España. De sobra sabía que en España no nacieron Ambrosio Paré, ni Hunter, ni Lister, y también comprobaba nuestra inferioridad en casi todo el resto de Europa, cuyos principales clínicos conocía por lecturas y viajes, tratando personalmente a los más reputados maestros contemporáneos, pero no por eso consideraba despreciables a Areco, Hidalgo de Agüero, Díaz de Alázar, etc.

En cirugía de los miembros, ha sido Ribera especialmente notable en las resecciones y desarticulaciones, habiendo practicado seis veces, por procedimientos modificados por él, la desarticulación interileo abdominal.

Don José Ribera, vivía en la casa de su propiedad número 120, de la calle Atocha. Poseía una magnífica biblioteca con numerosos volúmenes en italiano en que se recogía el movimiento científico europeo, por traducirse a él todas las obras de mérito, permitiendo conocer rápidamente la marcha de la Cirugía sin el esfuerzo que supone la lectura de obras alemanas para los que no poseen un dominio completo de este idioma.

Don José Ribera fué una figura preeminente de la Cirugía española, de un dinamismo extraordinario y resuelto, cual correspon-

día a las fulminantes decisiones con que a diario se veía forzado su cerebro para resolver los difíciles problemas que se le presentaban.

Sentía gran afecto por sus dos discípulos cordobeses y en varias ocasiones les visitó. Por cierto que la primera vez fué cuando, recién terminada la carrera, los nuevos médicos se decidieron a practicar, creo que su primera intervención quirúrgica. Don José, de paso para una consulta en Sevilla, se detuvo en Córdoba y presencié con gran beneplácito una uretrotomía externa sin conductor. De su última visita conserva Don Manuel Villegas esta tarjeta: «Puerta de la Justicia-Granada.-27 Marzo 1910.-Mi querido amigo: El lunes en el directo vamos Pura y yo a Córdoba. Deseamos pasar la noche en esa y, por tanto habitaré en el Suizo. He escrito a Emilio. A los piés de su señora y quedo suyo afmo. amigo y compañero.-José Ribera Sanz».

Su fama hizo que en determinada enfermedad de Alfonso XIII fuese reclamado por Martínez Campos, Don José, acompañado por el Marqués del Busto, Médico de Palacio, examinó cuidadosamente al egregio enfermito en su cuna, y como algún palaciego se permitió una impertinencia sobre la Real calidad del paciente, Ribera le contestó con tal tino que el palaciego no volvió a molestarle.

Cayó enfermo el 18 de Diciembre de 1911. Fué viaticado el 1 de Enero de 1912 y falleció siete días después, el 8 de Enero de 1912.

Don Benito Hernando y Espinosa, era natural de Guadalajara. Discípulo predilecto de los grandes químicos Sáez Díaz y Luanco, estaba dotado de las cualidades de aquellos maestros, llegando a ser Doctor en Ciencias antes que en Medicina, carreras que, según Cajal, estudió casi paralelamente y a conciencia.

Educado por un tío suyo, sacerdote, creía firmemente en Dios y, aunque por algunos fuese considerado ligero y volteriano, era profunda y sinceramente religioso. Sabía mucho y sabía de todo, latín, matemáticas, historia, física, química, literatura, música; y lo sabía con tal lujo de detalles que daba la impresión de estar obsesionado por estudios memorísticos. Su conversación era flúida y amena, salpicada con profusión de anécdotas siempre oportunas. Acaso, dice Cajal, abusaba algo de su extraordinaria reten-

tiva y del gracejo y agudeza de su conversación, pero su carácter era tan particular que impresionaba profundamente.

Fué Catedrático de Terapéutica en Granada (1872-1887) y en el año de su muerte Don Víctor Escribano le dedicó unas páginas en su magnífico discurso inaugural de la Universidad de Granada en el curso de 1916-1917, señalando que tuvo la honra de ser alumno suyo y que nunca será tan venerado como merece su memoria y cariño a la Universidad granadina en la que pasó los quince años más felices de su vida, rodeado de gran prestigio y estimación. Allí, como más tarde en Madrid, destacarían en la memoria de sus discípulos, de entre todos los recuerdos de la vida estudiantil, los de la Cátedra y Laboratorio de Terapéutica.

Don Benito era, según dice Don Víctor Escribano, un sabio de los verdaderos, de los que más honraron al profesorado español y a la Patria en el último tercio del siglo XIX, de los que procuraron ocultarlo con la modestia más sincera, empeñándose en no serlo.

Su estudio sobre la lepra fué un enorme alarde de ciencia y erudición, donde todo se valoró detenida y escrupulosamente.

No le favoreció la suerte al no premiárselo la Real Academia de Medicina de Madrid, pero los elogios de los sabios que entonces regían los destinos científicos, Virchow y Cornil, le compensaron en parte los sacrificios hechos para editar una obra que pocos lectores habían de hojear, con lo que agotados sus recursos, no pudieron salir a la luz otros trabajos interesantes que habían sido hechos con solicitud y asiduidad en el Hospital de San Lázaro de Granada.

Granada, dice el Doctor Escribano, le debe su recuerdo, no solo por su celo en asistir gratuitamente durante muchos años a los pobres leprosos, sino también por sus hermosos rasgos en la epidemia colérica de 1885, pues aunque no ejercía la profesión,



Don Benito Hernando y Espinosa

entonces lo hizo y con un espíritu generoso y magnánimo visitó incansablemente, horas y horas los barrios menos atendidos de la ciudad, en aquellos días luctuosos de terrible ansiedad y consternación.

Apóstol de las riquezas históricas de Granada, alma de muchas iniciativas del antiguo Centro Artístico, descubridor del «Catecismo de los Moriscos», oculto en un rincón del Archivo de Toledo, sabio biógrafo de Cisneros que en unión del Conde de Tendilla y el Cardenal Mendoza, oriundos también de Guadalajara, había de influir en tan diferentes aspectos en las sucesivas generaciones granadinas.

Dice Cajal: «Conmigo y mi familia se condujo con una generosidad y abnegación que jamás agradeceré bastante. Recien llegados a Madrid, ofreciome espontáneamente sus buenos oficios; deshízose cerca de otras personas en elogios de mis modestos méritos; presentome a varios personajes del mundo literario y artístico; diome antecedentes de muchos hombres y sucesos actuales y pretéritos; en fin, vino a ser para mí el amigo asiduo y constante, más aún: el confidente y consejero íntimo».

Añade el mismo Cajal: «Añoraba las grandezas de nuestro siglo de oro; veneraba a Cisneros y a Cervantes y rendía culto fervoroso a la música y al arte cristiano. El amor a la tradición no le impedía cultivar las Ciencias naturales. Sabido es que durante cierta época de su vida frecuentó con igual entusiasmo y asiduidad los templos que los laboratorios. De aquellos tiempos juveniles data su mejor obra «La Lepra en Granada», concienzuda labor de anatomía patológica y de clínica menos conocida y encomiada de lo merecido.

Tal interés despertaron sus trabajos sobre la lepra, que Neiser fué pensionado por el Gobierno alemán para estudiar junto a él y Wirchow le visitó con el mismo objeto en Granada. Don Benito, además de su Cátedra y Laboratorio de Terapéutica, desempeñaba la consulta de enfermedades de la piel y venéreas y en ella, como en su etapa granadina en el Hospital de San Lázaro, jamás le faltó la colaboración cariñosa y abnegada de sus alumnos que lógicamente recogían las enseñanzas del gran maestro. Parco en medicaciones afirmaba, como Sydenhan, que los medicamentos útiles cabían en el puño de su bastón, quizá aún más conciso, ya que su número se reducía a cuatro: quinina, salicilato, mercurio y digital. Debemos hacer constar que el hecho de haber sido

alumno de Don Benito fué, durante algún tiempo, patente de buen manejo de la Terapéutica y verdaderamente lo era así.

Duro y áspero en las apariencias, infantil y todo corazón en el trato íntimo. Vivo, con una viveza eléctrica en sus conversaciones familiares y docentes, era pacienzudo y nimiamente escrupuloso en el lenguaje escrito, pero sobre todas las características de su carácter, descollaba su extraordinaria delicadeza. Llamaba en él la atención, el que casi constantemente iba fumando y la punta del cigarro se le pegaba en el labio inferior, sin que el movimiento que le imprimía al hablar fuese obstáculo para la conversación en la que iba aparejada una tónica espiritual que con sencillez modelaba aquellos cerebros juveniles de los cuales, andando el tiempo, surgía algún que otro buen médico con un inseparable moralista. Porque Don Benito, cuando veía riqueza en arquitectura cerebral, como los grandes triunfadores de la Historia, jamás vacilaba y no cedía hasta conseguir infundirle ciencia y arte. Delicadísima tarea que puso a tanta altura la personalidad de este Cate-drático. Por eso no era extraño que las ventanas bajas del 76 de la calle de Atocha, fuesen golpeadas con su bastón frecuentemente para llevarlos al debate parlamentario. a oír al orador insigne, o a la magna lección de música sacra de San Francisco el Grande. Y era curioso que maestro y discípulos acababan íntimamente compenetrados en el afán de escudriñarlo todo y en el ansia de recoger las líneas delicadas y vigorosas de los personajes o hechos de la más destacada actualidad o del más deleitoso sabor histórico.



Postal con el San Bernardino de Sena, del Greco.

No es hipérbole ni mucho menos ditirambo. Recordemos un

hecho, que creo ha explicado ya Don José M.^a Rey, exponente breve de su delicadeza espiritual:

Una mañana, bien adentrada la primavera cordobesa, esa primavera inefable que llena con su aroma todas las calles de Córdoba, Don Benito surge inesperadamente en casa de Don Emilio reclamando desayunar. Cansado, pero con la viveza peculiar de la mirada que denota la satisfacción íntima de un deseo conseguido. El maestro explica: sus años van siendo muchos y quiere no dejar



Cáliz de la Universidad de Sigüenza,
en el Instituto de Guadalajara.

de comprobar y sentir personal e íntimamente la emoción de ver reflejarse los primeros y dorados rayos de sol en las bronceas alas del Arcángel San Rafael, que corona la torre de la Catedral de Córdoba y pacientemente había estado aguardando el momento en el mismo sitio donde antaño parara sus carrozas Doña Juana de Portugal y su séquito, para recordar, ante esta poética estampa, la célebre estrofa del Duque de Rivas en su «Faro de Malta».

Y para qué cansaros más. El citado trabajo de Don Víctor Escribano, las notas de Cajal en «Recuerdos de mi vida», la perfecta biografía de Don Manuel Márquez que le sucedió en la Cátedra de Terapéutica y su discurso en la Real Academia de Medicina, resumen espléndidamente la interesante vida de este español polifacético que, parafraseando a Benavente, «era espíritu superior, con luz prendida por mil lucecillas dispersas y concentradas en él, como los rayos del sol en lente poderosa».

Este vivir dedicado por entero a sus alumnos, compartiendo con ellos lo más noble e íntimo de sus sentimientos y salpicando su vida de recuerdos que jamás olvidarían, esta comunicación espiritual, en síntesis, no sería interrumpida por la ausencia del alumno predilecto, como veréis en unas cuantas postales interesantísimas que el azar ha puesto en mis manos.

Este vivir dedicado por entero a sus alumnos, compartiendo con ellos lo más noble e íntimo de sus sentimientos y salpicando su vida de recuerdos que jamás olvidarían, esta comunicación espiritual, en síntesis, no sería interrumpida por la ausencia del alumno predilecto, como veréis en unas cuantas postales interesantísimas que el azar ha puesto en mis manos.

Es lástima no poseer la colección completa que, al decir de Don Emilio, era numerosísima, pero con las conservadas es lo suficiente para formarse una idea de su vasta dición.

1.^a Reproducción del San Bernardino de Sena, del Greco,

«Abogado contra las hemorragias y titular del Hospital de sangre de Oran. Como recuerdo del II Congreso de Cirugía y del IV Centenario del Hospital de Sangre, fundado por el Cardenal Cisneros en la toma de Orán (18 de Mayo 1509)».

2.^a Fotografía de un cáliz. En el reverso: «Guadalajara, Instituto. Cáliz de la Universidad de Sigüenza. Con él celebró su primera misa el Cura del lugar de Don Quijote. Fotografiado en 1903». Más abajo dice: «Lo regaló Don Francisco Delgado, colegial de la Universidad. Obispo de Lugo y Abogado de Fray Bartolomé Carranza. Alumno de Alcalá (Padre Cuervo)».

3.^a La calle de Libreros de Alcalá de Henares. Señalados el Colegio del Rey y el de los Jesuitas. Al reverso: «Doctor Don Emilio Luque». -9 Diciembre 1909.-Mi querido amigo: Escríbame cómo está la salud de Vd. En el Colegio del Rey (véase vuelta) fué Rector el Historiador Ambrosio de Morales. En el Colegio de Jesuitas está ahora la Magistral y en él veneran ahora las reliquias de los Santos niños San Justo y Pastor, el cuerpo de San Diego y Santa María de Jesús, la estatua que más me gusta. Recuerdos a su familia y mande al suyo y compañero B. Hernando».

4.^a Vista del paseo de Cervantes en Alcalá de Henares. Al fondo se destaca la fábrica de la Iglesia de Santa María la Mayor. La dedica a los niños de Don Emilio Luque en el día de San Justo y Pastor, año de 1912. Relata los Santos que rezaron ante estas veneradas reliquias que hablan con máxima elocuencia de la grandeza de la Religión Cristiana, dando el mentís más rotundo a los que en perversa doctrina decían que las máximas del Evangelio son contrarias a la sublimidad del pensamiento y las obras heroicas.



Hospital de la calle Libreros, en Alcalá de Henares

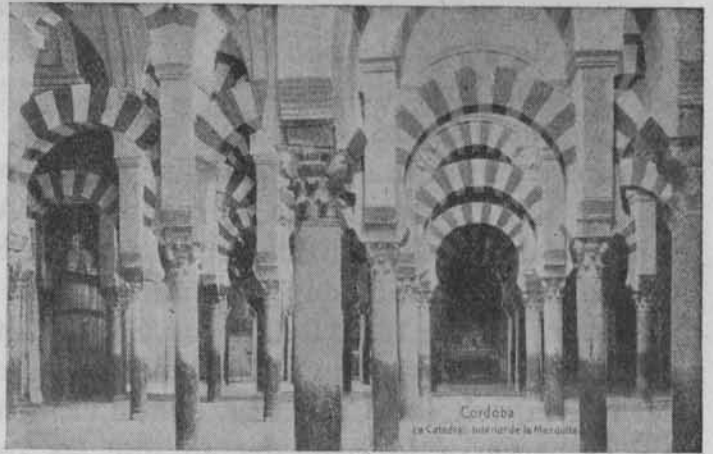


Templo de Santa María la Mayor en el Paseo de Cervantes,
en Alcalá de Henares

«Santos antiguos que rezaron a los Santos niños: San Leandro, San Isidoro, San Eugenio, San Ildefonso, San Félix Complutense, San Fernando, Santo Domingo de Guzmán y ¿San Francisco de Asís?». -- Santos modernos que rezaron a los Santos niños y a la Virgen de la An-

tigua y a Santa María de Jesús, que se venera en este templo de Santa María la Mayor: San Diego de Alcalá, Santo Tomás de Villanueva, Beato Maestro Juan de Avila, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San José de Calasanz, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Caracciolo, Beato Simón de Rojas, San Juan Bautista de la Concepción, San Miguel de los Santos. -- En el mismo templo fué bautizado Cervantes, dió limosna a San Diego el Gran Capitán y ahorcó los hábitos Don Fermín Caballero».

5.^a Muy substanciosa. -- Vista del interior de la Catedral de Córdoba. -- Dice así: «Efemérides del día 1.^o de Agosto. Cordobesas en principio, medio y fin. -- 1508. La Congregación Católica de Burgos publica en Valladolid su sentencia acerca de Rodríguez Lucero, con el Monarca, asiste a la inquisitorial fiesta el Real paje Don Iñigo de Loyola (S. Ignacio). El Cardenal Cisneros, presidente, rabia porque no está en Alcalá oyendo las primeras lecciones



Postal con interior de la Mezquita

del burgalés Pedro de Lerma en la Universidad. Fernando Quinto daba boleta al Gran Capitán.-1551. San Francisco de Borja celebra en Azpeitia su primera misa,-1700 y... En el mesón del tío Monipodio o de Hornachuelos coloca el Duque de Rivas («Don Alvaro, etc.») al tío Trabuco con los *Angelitos*, oyendo la *Nona* del jubileo de la Porciúncula.—



1846. Le Verrier anuncia el futuro descubrimiento de su planeta Neptuno.—1885. El Padre Rafael contrae el cólera, por escrúpula de monja franciscana, en Loja.-1900. Muere Lagartijo, compañero de San Juan de Dios en vida y caridad».

Y una sexta y última postal que representa la portada del Hospital de San Juan de Dios de Granada.

Con su archivo viviente dice: «Por esta puerta entraron: los Reyes Católicos, Isabel I y Fernando V, Cardenal Mendoza, Fray Hernando de Talavera, Don Pedro de Alcalá, Cardenal Cisneros, Nebrija, la Latina, Gran Capitán, *Paje santo*, Pulgar y su historiador Martínez de la Rosa, Fr. Pedro González de Mendoza, autor del rezo del Día de la Toma

Postal con portada del Hospital de San Juan de Dios, de Granada

(nota para el Padre Montaña en el periódico).-Cervantes, Góngora, Alonso Cano, Pedro de Mena, Generales Alvarez de Castro y Herrasti, Emperatriz Eugenia.-El Rey Alfonso XII al visitar a los heridos por el terremoto de 29 de Diciembre de 1884, (inauguró la cancela que se vé en el fondo).-Carlos V y la Emperatriz Isabel, al venir a pasar la luna de miel y ver el sepulcro de sus abuelos, (inauguraron la Capilla del Pulgar).-El Beato Maestro Juan de Avila y sus discípulos, menos Santa Teresa de Jesús (véase «Memoria del Padre Montaña», pgs. 106 y 107).-Y el más insigne de los asturianos Don José Ramón Luanco y su discípulo Menéndez Pe-

layo (a) Marcellín, a quien dedicó su primera obra «La novela entre los latinos».-Don Hilarión Eslava, sus discípulos: Don Jesús Monasterio, Gayarre, Don Julián, Sarasate, Don Pablo, Bretón, Don Tomás, Vázquez, Don Mariano.-Don Carlos Ruiz Ribera. Fortuny, Pradilla.-Pulgar el de las Hazanas, historiador del Gran Capitán a petición de Carlos V».

Estos apuntes biográficos de sus dos mejores maestros bastan para explicar la influencia decisiva que ejercieron en la formación de Don Emilio. Extraña amalgama de caracteres que modelaron su alma en un ambiente de lucha y de serenidad espiritual, hasta tal punto que toda su vida sería en lo sucesivo fiel reflejo de la de aquellos forjadores tan dispares, cuyos nombres habían de asomar a sus labios con verdadera unción muy frecuentemente.

En D. Benito Hernando admiraba su espiritualidad, su dialéctica refinada, su asombrosa memoria, su extensa cultura, en una palabra: el profundo conocimiento de lo bello del vivir.

En Don José Ribera, su energía, sus rápidas decisiones que brotaban a diario en la lucha cara a cara con la muerte, enamorado y convencido del quirúrgico arte.

Y estas influencias fueron trazando el camino que, alumbrado por la luz de las tardes serenas y depurado por el estoicismo ambiente de su venerada Córdoba, había de conducirle al puesto que el destino le tenía reservado, en el que tantas muestras de cariño, totalmente insospechadas, había de recibir.

Aunque sus actividades científicas serán motivo de otra nota, recordemos, en líneas generales, los hechos más destacados de su actuación profesional.

En Medicina se imponía la exploración del enfermo y la recogida de datos había de valorarse a la luz serena de la razón. Se derogaba con ello un orden antiguo, logorreico y de mala filosofía, en el cual las más enrevesadas hipótesis trataban de compensar el vacío irremplazable de la ausencia del médico junto a la cabecera del enfermo.

Médico observador, siguió todos sus actos con un criterio de humanidad al par que científico, con la experiencia vivida en el libro siempre abierto de su cirugía y llegó a alcanzar un prestigio tan sólido que, gracias a él, se hizo posible la resolución de establecer consultas donde, rodeado de un ambiente propicio, podía

atender a sus enfermos, cuando su proceso se lo permitía, con el mínimo de molestias y el máximo de rendimiento.

Para sus hermanos de carrera siempre tuvo disculpa. Jamás censuró y comprendió magnamente que la práctica de la Medicina está sembrada de asperezas y sinsabores que todos debemos conllevar cuando ello no entraña perjuicio para el enfermo. Esto le valió no solo la admiración y el respeto, sino algo más estimable, el cariño de sus compañeros.

Con Don Ramón Alfaro compartió muchos años los dos distritos en que benéficamente estaba dividida Córdoba, y para el ejercicio en una y otra de estas dos zonas bastaba el acuerdo entre ambos titulares que, a veces surgía con un realismo imperioso, sobre todo después de alguna mortífera epidemia, y nunca hubo entre ellos el más pequeño rozamiento.

Conocía a sus enfermos minuciosamente y se remontaba a unas cuantas generaciones el recuerdo de hechos y sucesos familiares que su portentosa memoria retenía.

Conservó hasta sus últimos días un afecto singular por las castizas familias del clásico barrio del Matadero Viejo, de las que refería con pelos y señales la vida, hazañas y parentescos de todos ellos.

En Cirugía, la *legión blanca* se abría paso arrolladoramente relegando al olvido al célebre cirujano de levita.

Este fué el momento de iniciar su carrera y quiso Dios que fuese él el designado para hacer esta transformación en la medicina cordobesa.

Las grandes intervenciones en la cavidad abdominal reclamaban la puesta en juego de todo un sistema que no se limitaba a la habilidad de las manos. Hipócrates decía: «La habilidad es el mejor de los doctores». Sin duda la mano del cirujano había de ser fuerte y segura. «*Strena et stabilis*», indicaba Celso en su célebre definición de las cualidades del operador. Pero ellas habían de ser muy suaves para el sufrimiento del enfermo y nunca crueles, según las profundas palabras de San Agustín, el Padre de la Iglesia: «*Crudelis salum est manus que parti vulneri et putredini*».

Pero la habilidad de las manos no era ya más que uno de los tres elementos de la formación de un cirujano que la escuela americana invitaba a cultivar bajo el simbolismo de las tres H; «Hand, Head, and Heart». Síntesis que, junto a los medios anestésicos, transformaban el carácter del cirujano, cuya estampa de fortaleza,

mal genio e impiedad, quedaría borrada en la augusta paz de su quirófano,

Lo que la ciencia no ha podido resolver todavía es el problema moral del cirujano. Enfrentado a diario con la tragedia de una vida que desfallece entre acerbos dolores, ha de luchar contra todas las circunstancias adversas que rodean el acto operatorio y, mal que pese a su experiencia y habilidad, tiene que sufrir ansiedad, insomnios, derrumbamiento moral y agotamiento físico, disimulando su propio drama, en bien del enfermo, bajo la máscara profesional y este esfuerzo continuo explica perfectamente el que tantos de ellos sucumban de accidentes cardiacos. Y si esto sucede con una organización perfecta o, al menos, suficiente, considerad cuantas preocupaciones costaría el instaurar un nuevo orden, en que la operación no era la resolución inmediata de un gran conflicto vital, sino un medio terapéutico que, actuando en aparente salud, llevaba la curación o el consuelo a enfermos que, hasta pocos años antes, habían sido exclusivamente tributarios de la medicina.

El arte de curar no puede aprenderse ni enseñarse más que hasta cierto punto. Lo decisivo es la personalidad del médico, y ésta fué sin duda muy vigorosa, no ya solo para vencer las dificultades de la pristina orientación de la cirugía, sino hasta para crear una escuela en la que colaboraría otro cordobés de corazón, ya que nó de nacimiento: Don Joaquín Altolaquirre Reja.

Las precarias circunstancias en que se desenvolvió al comienzo su actividad quirúrgica, con un medio auxiliar que él tuvo que formarse, hablan por sí solos del temple de su voluntad.

De sus aficiones a la Astronomía que compartía con el llorado y eximio catedrático Don Rafael Vázquez Aroca, de las que tuvo a la Historia y más circunstancialmente a la de Córdoba, vosotros las conoceis mejor que yó.

Su asistencia a las sesiones de esta Academia remozaban su ánimo en ese día fin de semana, tan sabiamente dispuesto para empezar la siguiente después de este gratísimo paréntesis.

En el último día de su vida nos dió dos ejemplos de los que, con marcada insistencia, me recordaba a diario con amor paternal: uno, visitar generosamente aquella tarde a uno de sus primeros y más consecuentes enfermos; el otro, escribir una carta que nos demostró cómo practicaba el Padrenuestro perdonando de corazón las ofensas.

Después de muerto él, he acertado a comprender su predilección por estos versos, fiel espejo de su vida:

«Hemos de ser justos, hemos de ser buenos,
«hemos de embriagarnos de pan y de amor
«y llevar el alma siempre a flor de labio
«y desnudo y limpio nuestro corazón.

«Hemos de olvidarnos de todos los odios,
«de toda mentira, de toda ruindad;
«hemos de abrasarnos en el santo fuego
«de un amor inmenso, dulce y fraternal.

.....

Hemos de estar siempre gozosos, tal dijo
Pablo, el elegido, con divina voz,
y a través de todos los claros caminos
caminar llevando puesta el alma en Dios.

Enrique Luque

24 de Marzo de 1942.

